

La carrera que nos es propuesta

Dr. Justo L. González



La Asamblea de
La Asociación para la Educación Teológica Hispana (AETH)
2016

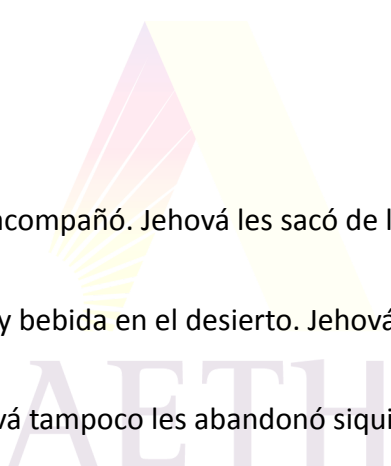
© Justo L. Gonzalez

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>
info@aeth.org

La carrera que nos es propuesta

Josué 1:1-2

El pueblo de Israel se encuentra en una importante y difícil coyuntura en su historia. Detrás ha quedado la esclavitud en Egipto. Detrás ha quedado el cruce del Mar Rojo. Detrás ha quedado el deseo de regresar al pan y las ollas de carne de Egipto. Detrás ha quedado la apostasía del becerro de oro.



A través de todo eso, Jehová les acompañó. Jehová les sacó de la tierra de Egipto con mano poderosa. Jehová les dio comida y bebida en el desierto. Jehová no les abandonó cuando quisieron regresar a Egipto. Jehová tampoco les abandonó siquiera cuando construyeron el becerro de oro y lo adoraron.

Y no fue solo Jehová, sino también Moisés, quien les acompañó y les guió. Pero ahora Moisés ha muerto. Tras llorarle por treinta días, el pueblo ha de seguir algún rumbo. No se pueden quedar donde están. La tierra no basta para sostenerles. Por delante, al otro lado del río, hay pueblos formidables. Algún tiempo antes, diez de los doce espías que Moisés mandó a explorar

la tierra regresaron diciendo que estaba poblada de gigantes. Detrás está el desierto por donde el pueblo anduvo errabundo por cuarenta años. Ante los gigantes que parecen ocupar la tierra, ¿será necesario volver atrás? ¿Será necesario olvidar la tierra prometida, que fluye leche y miel, y volver a la dieta de maná y codornices?

Es en esa situación que Josué viene a ocupar el centro de la escena. Dios le ha mandado a Moisés subir al monte Nebo, y le dice: “Verás, por tanto, delante de ti la tierra, pero no entrarás allá”.

Quizá ese sea el momento más difícil en toda la vida de Moisés. Tras tantos sacrificios, luchas y esfuerzos, por fin ve delante de sí la meta hacia la cual ha marchado por los últimos cuarenta años. Pero no se le permite entrar a ella.

Quizá sea aquí que más duramente se pone a prueba la fe de Moisés. Y por la misma razón, quizá sea aquí que Moisés se enfrenta a su más grande prueba como líder ungido por Jehová.

Enfrentarse al faraón fue difícil. Pero pronto en ese enfrentamiento Moisés pudo ver el poder de Dios, desatado en las plagas. Difícil fue la salida de Egipto. Pero al momento mismo de esa salida Moisés ve el poder de Dios que abre las aguas del Mar Rojo. Difíciles fueron las confrontaciones con un pueblo veleidoso y desobediente. Pero en cada una de ellas Jehová vino a respaldarle. Fueron difíciles los años en el desierto. Pero durante ellos hubo siempre la nube y la columna de fuego señalando los rumbos que Moisés y el pueblo debían tomar. Pero mucho más difícil que todo eso debe haber sido estar en la cima del monte Nebo, ver la tierra prometida, y saber que no le sería dado entrar a ella.

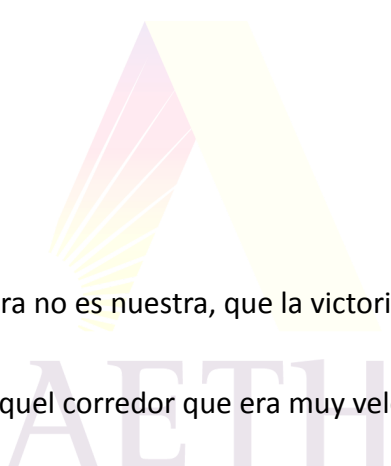
Por eso bien podríamos decir que ese no fue solamente el momento más difícil de la vida de Moisés, sino también el momento en que su fe se puso a prueba. Fe hizo falta para enfrentarse al faraón. Fe hizo falta para cruzar el Mar Rojo. Fe hizo falta para subir al Sinaí. Pero, ¡cuánta fe haría falta para escuchar y creer la promesa que Dios le hizo en el monte Nebo! Moisés se enfrentó al faraón, y vio el resultado de su confrontación. Moisés alzó la vara frente al Mar Rojo, y vio el resultado. Pero ahora Dios le dice que confíe, que la promesa es segura, pero que él no verá el resultado.

La victoria no le tocará a él, sino a otro más joven que él, a otro que no recuerda la esclavitud en Egipto, ni la furia de faraón, ni aquella primera hambre en el desierto.

Hace unos días, mientras meditaba sobre este pasaje y esta ocasión ante ustedes, estaba viendo una competencia internacional que incluía una carrera de relevos. Había un equipo a todas luces favorito. Todos sus corredores eran campeones de fama internacional. Los demás ni siquiera podían compararse con ellos. Comenzó la carrera, y de inmediato los corredores del equipo favorito tomaron la delantera. A cada relevo su ventaja se iba haciendo mayor. El penúltimo corredor era el más famoso de todos. Cuando se acercaba al último, le llevaba veinticinco metros de ventaja al contrincante más cercano. El entusiasmo con que corría se veía hasta desde lejos. Pero al llegar al último relevo, al momento de pasar el bastón, iba tan concentrado en su velocidad y en su carrera, que no pasó el bastón como debía. Su compañero, también preocupado por empezar el tramo que le tocaba correr, dejó caer el bastón, y el equipo favorito perdió la carrera. Lo que estamos viendo aquí, en las últimas líneas del libro de Deuteronomio y las primeras de Josué, es precisamente un pase de bastón.

Hay aquí una lección importante para quienes por largos años hemos tenido posiciones de liderato dentro de la iglesia. Moisés en el monte Nebo nos recuerda que, por muchos sacrificios que hayamos hecho, por mucha experiencia que tengamos, por mucha que sea nuestra fe, la victoria no es nuestra ni depende de nosotros.

¡Es tan fácil imaginar que la victoria depende de nosotros! ¡Que lo que hemos alcanzado lo hemos alcanzado nosotros!



Pero cuando olvidamos que la obra no es nuestra, que la victoria no depende de nosotros, corremos el riesgo de ser como aquel corredor que era muy veloz y admirado, pero que a la postre no supo pasar el bastón a su sucesor.

Lo que es más, el pasaje al final de Deuteronomio le recuerda a Moisés que él no es sino uno más de entre muchos corredores de relevo. Que la promesa no se la hizo Dios primero a él. Al contrario, Dios le dice que hay toda una línea de personajes, generaciones y generaciones, a quienes ha sido dada la promesa y quienes han marchado hacia esa tierra que ahora él ve

desde el monte Nebo: “Esta es la tierra que prometí a Abraham, a Isaac y a Jacob, diciendo: ‘a tu descendencia la daré’”.

Si volvemos entonces al pasaje en Josué, vemos que parte de lo que Dios le dice a Josué es que la victoria tampoco depende de Josué. No, sino que es Dios quien le dice: “Yo os he entregado, tal como le dije a Moisés, todos los lugares que pisen las plantas de vuestros pies”.

“Tal como le dije a Moisés”. La obra de Josué no es cosa nueva. No es él quien ahora tiene una gran visión de lo que Dios desea. Su tarea es importante porque es continuación y cumplimiento de lo que Dios les prometió a Abraham, a Isaac, a Jacob y a Moisés.

Esto quiere decir que Josué también es parte de una carrera de relevo. Si solamente piensa en lo que tiene por delante, en los nuevos retos a que se enfrenta, y se olvida de quién corrió la carrera antes que él, es muy probable que deje caer el bastón. Josué tiene que aprender de Moisés. Josué recibe un pueblo que ha sido formado bajo el liderato de Moisés. El pueblo se encuentra donde se encuentra, al borde del Jordán, porque hasta allí le trajo Moisés. Si ha de

ser fiel, Josué no puede olvidar a Abraham, ni a Isaac, ni a Jacob, ni a Moisés.

Y aquí bien vale la pena que saltemos al final del libro de Josué, donde vemos que también a Josué le llega el momento de pasar el bastón. Allá en el capítulo 24 le vemos ya anciano reuniendo al pueblo de Israel y dándole instrucciones para cuando él esté ausente.

Tal es la historia de las generaciones. Tal es la historia de la humanidad. Tal es la historia del pueblo de Dios. El Josué de hoy será el Moisés de mañana. Y su obra también será medida no sólo en términos de su carrera, sino también en términos de su habilidad y de su fidelidad, primero, al recibir el bastón; y luego al pasarlo.

Cada una de esas generaciones tuvo su propio lugar en la historia. La de Abraham salió de casa de su parentela. La de Moisés salió de Egipto. La de Josué tendrá que conquistar la tierra. Todas ellas son distintas, y sus tareas son diferentes. Pero lo que une a todas esas generaciones sucesivas es que todo es parte de la obra de Dios, del cumplimiento de las promesas de Dios. En ese cumplimiento, cada creyente y cada generación tienen su lugar.

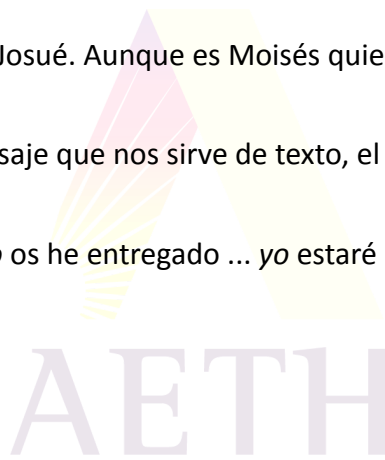
Por eso es que, aunque a Josué le toca continuar la obra de Moisés, esa obra no será ya la misma. Moisés sacó al pueblo de Egipto. Josué lo lleva a una nueva tierra. Moisés hizo al pueblo cruzar el Mar Rojo. Josué lo llevará a través del río Jordán. Moisés sacó al pueblo al desierto. Josué lo llevará a una tierra donde fluye leche y miel. Moisés tuvo que guiar al pueblo mientras comían maná y codornices. Josué tendrá que enseñarles a vivir en la tierra.

Precisamente porque las circunstancias ya no son las mismas, el liderato de Josué ha de ser diferente del de Moisés. Josué no podrá guiar al pueblo como si todavía hubiese maná. Josué no tendrá una columna de fuego que le guíe en el camino. En cierto modo lo más difícil del liderato de Josué será precisamente ser verdadero continuador de la obra de Moisés, y sin embargo ser diferente de Moisés. Si Josué se olvida de las enseñanzas y del ejemplo de Moisés, fracasará. Pero si Josué se contenta con no ser más que una copia de Moisés, también fracasará.

Pero, ¡cuidado! Es muy fácil pensar que toda esta historia gira en torno a personajes importantes, grandes líderes como Moisés y Josué. Pero no: el protagonista de la historia no es

sino Dios mismo. En el texto que estudiamos, es Dios quien habla, Dios quien promete, Dios quien actúa. Por muy importante que sea Moisés, es Dios quien le salva cuando niño, y Dios quien le coloca en casa de la hija del faraón. Es Dios quien le lleva al exilio y quien le manda regresar a Egipto. Es Dios quien le fortalece y le da palabra de poder en sus encuentros con el faraón. Es Dios, siempre Dios; siempre, siempre, siempre Dios.

Y lo mismo sucede en el caso de Josué. Aunque es Moisés quien pone sus manos sobre él, es Dios quien elige a Josué. En el pasaje que nos sirve de texto, el sujeto de toda la acción no es Josué, sino Dios. “Yo les doy ... yo os he entregado ... yo estaré contigo, [yo] no te dejaré ni te desampararé”.



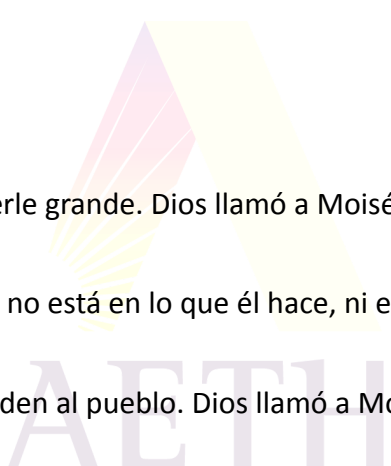
Si por una parte comparamos nuestras generaciones de líderes, y el traspaso de generación a generación, con el paso de Moisés a Josué, por otra parte, también es importante recordar que, si el centro de la historia no son Moisés ni Josué, así tampoco son nuestros líderes el centro de nuestra historia: ni los mayores ni los más jóvenes; ni los que tienen el bastón para pasarlo a la nueva generación, ni quienes se aprestan a recibir el bastón y continuar la carrera.

Es precisamente porque tanto Moisés como Josué saben esto que Moisés puede pasarle el bastón a Josué, y que Josué puede recibirlo de Moisés. Moisés sabe que fue Dios quien sacó a Israel de Egipto con mano poderosa. Josué sabe que es Dios quien ha prometido la victoria sobre el cananeo. Y porque Moisés lo sabe puede pasarle el bastón a Josué sin temor de que ahora todo lo que él hizo se perderá. Y porque Josué lo sabe puede recibir el bastón de Moisés sin pensar que para reclamar su autoridad tiene que deshacer lo que antes hizo Moisés. Tanto el uno como el otro saben que ellos no son el protagonista de la historia, y por tanto pueden seguir el curso de esa historia sin preocuparse por su lugar en ella.

No creo que haya que explicar mucho lo que todo esto quiere decir para nosotros hoy. No cabe duda de que estamos en tiempos de transición. La vida humana es siempre tiempo de transición. El bastón va pasando de una generación a otra. Pero si quienes hasta hoy han sido los líderes no confían en que el Dios que hasta aquí nos trajo guiará también a las generaciones futuras, difícil se les hará pasar el bastón a su debido tiempo. Y si las nuevas generaciones piensan que es hora de que los líderes anteriores pasen el bastón, para ellos hacer las cosas como deben ser hechas, les pasará como a aquel corredor de relevos que tenía tanto deseo de

hacerse cargo de la carrera que no tomó el tiempo necesario para recibir el bastón que el otro debía pasarle.

Pero no basta con eso. No basta con darle la gloria a Dios, con recordar que todo lo que hacemos o podemos hacer no es en última instancia obra nuestra, sino de Dios. En toda esta historia de Moisés y de Josué hay otro elemento que no hemos de olvidar: el pueblo.

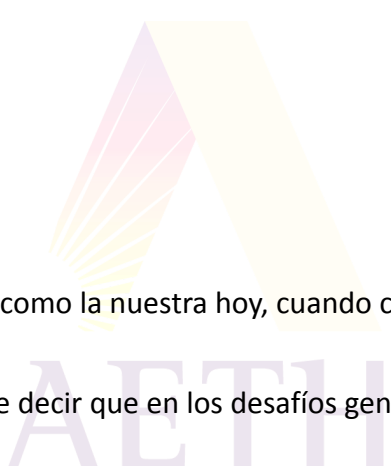


Dios no llamó a Moisés para hacerle grande. Dios llamó a Moisés para que sacara el pueblo de Egipto. La importancia de Moisés no está en lo que él hace, ni en los prodigios que primero asustan al faraón y luego sorprenden al pueblo. Dios llamó a Moisés para que sacara al pueblo de Egipto, y para que después le diera una ley por la cual vivir. En una palabra, lo que parece importarle más a Dios en toda la historia del éxodo no es Moisés ni su fama, sino la liberación del pueblo del yugo de Egipto.

Y lo mismo es cierto respecto a Josué. Dios no llama a Josué para que se pueda gloriarse como el conquistador de Canaán. Dios llama a Josué para que guíe al pueblo, de modo que el pueblo

pueda entrar a la tierra prometida y gozar de su fruto.

En otras palabras, que si el sujeto de toda esta historia de Moisés y de Josué es Dios, y no Moisés ni Josué, el objeto, el propósito final, tampoco es Moisés ni Josué. El propósito de Dios en la historia de Moisés es que *el pueblo* sea libre, y que tenga una ley para guiar su vida como pueblo libre. El propósito de Dios en la historia de Josué es que *el pueblo* reciba la tierra prometida.



Llevando todo esto a situaciones como la nuestra hoy, cuando celebramos 25 años y miramos hacia los próximos 25, esto quiere decir que en los desafíos generacionales de hoy hemos de cuidar de no actuar como si Moisés se aferrara a su autoridad pensando que Josué es incapaz de guiar al pueblo. Y de igual modo, tampoco debemos comportarnos como si Josué pensara que la tarea verdaderamente importante empezaba con él.

La tarea de Moisés alcanza su culminación en la de Josué, y la de Josué se basa en la de Moisés.

Ni el joven le dice al anciano: “tú no sabes cómo hacer las cosas, déjame a mí componer lo que

tú has hecho”, ni el anciano le dice al joven, “yo soy quien tiene experiencia, y por tanto tú no sabes cómo hacer lo que debes”.

Si el más joven se atreve a pensar que su autoridad le viene de sí mismo, pronto se desengañará. Si los líderes de las nuevas generaciones piensan que su autoridad se debe a su sabiduría, a sus conocimientos técnicos, o a cualquier cosa semejante, y se olvidan de que la verdadera fuente de su autoridad es la misma de las generaciones anteriores, pronto se desengañarán y perderán esa autoridad.

Tanto Josué como Moisés saben y tienen que recordar que en toda esta historia Dios es siempre el sujeto de la acción, el que actúa, y que el propósito de esa acción de Dios, el objeto de sus propósitos, no son Josué ni Moisés, sino el pueblo de Dios.

Moisés pasa, y Josué pasará. Todos nosotros pasaremos. Los jóvenes de hoy serán los ancianos de mañana. Pero el pueblo sigue siendo objeto del amor de Dios, que continuará conduciendo como el pastor conduce al rebaño. Es a ese Dios que agradecemos los 25 años pasados. Y es a

ese mismo Dios que encomendamos los 25 por venir. Amén. ¡En tus manos estamos, Señor!

